

LA LUCHA DE CLASES

LA LUCHA DE CLASES.—BILBAO

Hemeroteca Municipal

Apartado 12.155

Madrid

UNION SOCIALISTA VASCO-NAVARRA- GENERAL DE TRABAJADORES

PRECIO: 15 CÉNTIMOS
AÑO XXXIX — NUM. 1.810

Bilbao, 14 de diciembre de 1933

Redacción y Administración:
SAN FRANCISCO, 9 Y 11

En estos momentos en que de uno a otro ámbito de España suenan las descargas de fusilería y caen en tierra hermanos nuestros que, aunque distanciados por diferencias de táctica, son carne de nuestra carne, hacemos nuevamente profesión de fe y se ahonda en nuestra alma la voluntad de acabar con un sistema económico que niega al hombre el rebelarse contra quien tan inicua mente le explota.

El momento político

Una actitud suicida

Nos hallamos bajo la impresión de un movimiento revolucionario desarrollado por los elementos anarco-sindicalistas, al que nosotros, como elementos de la clase trabajadora plenamente conscientes de nuestra responsabilidad y de nuestras aspiraciones, no podemos en modo alguno dar nuestro asentimiento.

Consideramos oportuno hacer destacar un hecho extraordinario que conviene lo tenga muy presente la clase trabajadora. Y es, que en los lugares en que ahora se han iniciado los sucesos y en aquellos otros que más tarde han seguido su iniciativa, es donde la clase patronal, el elemento derechista, ha conseguido sus victorias más rotundas en la pasada lucha electoral. ¿Qué quiere significar esto?

No queremos hacer a las entidades de la C. N. T. en masa la acusación de que se hallan a las órdenes de la clase patronal y que evolucionen en cada caso según las órdenes que de ellas reciben. Nada más fuera de nuestro propósito. Pero sí debemos declarar que, al parecer, existen contactos excesivamente sospechosos entre algunos elementos dirigentes de la C. N. T. y la burguesía o, por lo menos, que de una forma inconsciente —y no sabemos justificar la inconsciencia en quienes se hallan al frente de un movimiento revolucionario— vienen a caer en todas las ocasiones en el terreno y en la oportunidad más favorable para las fuerzas de la reacción.

Para examinar el problema en su fondo, tenemos que partir de dos suposiciones contrarias. O la C. N. T. tiene grandes núcleos en los pueblos en que se ha dado la señal de ataque, o no las tiene. No existen términos medios. Si la C. N. T. tiene elementos bastantes para atreverse a dar a los cuatro vientos el clarín para la arremetida contra la clase capitalista con probabilidades de éxito, es incomprendible que no se aproveche de esa fuerza en todos los terrenos y que no la utilice en la lucha menos cruenta en que puede intervenir la clase trabajadora. No se concibe, decimos, que teniendo esas masas, suficientes para aventurarse al movimiento armado contra el capitalismo, no se decida a predicar entre ellas la conveniencia de acudir a las urnas para abatir el poder político de los explotadores del proletariado y que, por el contrario, aprovecha todas las oportunidades que se le presentan —ahora lo hemos podido ver con motivo de las pasadas elecciones— para demostrar a nuestras organizaciones por haber empleado un arma tan poderosa como es la papeleta de votación. Y, si por el contrario, suponemos que el sindicalismo no tiene esa fuerza de que quiere hacer alarde, ¿por qué lanza a unos cuantos desventurados a morir a la desespada, deslumbrados con la falsa potencia de sus organizaciones sindicales y arrastrados a la lucha por unas aspiraciones de justicia que nosotros aplaudimos pero que no dejamos de reconocer que están orientadas por caminos desviados?

El alejamiento de la lucha política es una solemne aberración. Reciente, para desgracia de nuestra nación, tenemos un ejemplo que nos importa señalar a los propios sindicalistas. No hemos de decir que toda la actuación de los Gobiernos anteriores fuera un rosario de aciertos; entre sus actos pudo haberlos de los que no puedan merecer una aprobación cerrada de la clase trabajadora: tal, la disolución de la Compañía de Jesús, cuando la medida a adoptar debió ser la expulsión de todas las órdenes religiosas, y otras que no son del caso enumerar aquí. Sin embargo, con su inhibición han dado ocasión a que una gran mayoría de las actas de diputados se hallen hoy extendidas a nombre de distinguidos cavernícolas, de derechistas empedernidos, de patronos sin conciencia, de monárquicos descarados que tienen la avilantez de pretender volvernos al Borbón, de fascistas inciviles que sueñan con la implantación de milicias del tipo de las que en Alemania atormentan a los obreros después de haber asesinado a los dirigentes del proletariado y de haber arruinado y destruido sus organizaciones de clase. Con su inhibición han dado ocasión de que esos odiosos caciques que tienen aherrojada a la muchedumbre de los campos puedan vanagloriarse, y hasta creerse de que son la verdadera representación de España. Con su inhibición han entregado a la clase obrera en manos de sus verdugos, de las que no le arrancará más que un esfuerzo perfectamente coordinado y simultáneo de toda la clase trabajadora de España.

Por que el movimiento de los sindicalistas ha venido a entorpecer, a desbaratar, a dificultar ese movimiento a que nos referimos, nosotros no podemos más que reprochar ese espasmo violento a que la C. N. T. ha lanzado a sus masas, del que saldrán en condiciones de no poder luchar nuevamente en un buen lapso de tiempo.

Y mientras ellos se desentendían de la lucha política, en la que pudimos haber conseguido apoderarnos de la palanca que moviera todos los obstáculos que se nos oponen, la clase patronal, con sólo la inversión de unos puñados de pesetas, se ha afianzado poderosamente y se ha puesto en condiciones de tomar en sus manos todos los mandos de la nación.

Pero para impedirlo estamos el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores.

El Gobierno ha decretado la previa censura. Se ve en ella el espíritu paternal del señor Martínez Barrios; quiere que, en fuerza de blancos en nuestra Prensa, nos quede tiempo de leer "El Sol". Pero ésta no es una solución para el diario de las metamorfosis; lo que necesita no es eso, sino el aumento de precio. Concédaselo el Gobierno y los ditirambos subirán de tono.

Algo sobre el complot

Nos encontramos con que las noticias que sobre el complot anarco-sindicalista nos venía dando el Gobierno era una cosa real, aunque teníamos nuestras sospechas de que se trataba simplemente de hacer que éste pudiera presentarse al Parlamento sin más bajas que la ya sufrida, de Botella Asensi. Encontramos natural, por lo demás, que el Gobierno tuviera esas noticias tan exactas de lo que iba a ocurrir, puesto que de siempre es sabido su contacto con las organizaciones de la C. N. T. para la cual decían que venían a gobernar, y no para las entidades de la Unión General de Trabajadores, que con ocasión de los Gobiernos precedentes se habían «aprovechado» —decían— lindamente. Claro que quien está un poco, solamente un poco, enterado de la realidad de las cosas sabe que las organizaciones de la Unión General de Trabajadores, por el sólo hecho de hallarse en el Gobierno personas que les eran afectas, pusieron en juego su más extremada delicadeza para no pretender lo que pudiera encerrar una injusticia y se conformaron con pedir lo que de derecho les correspondía. Y no menos sabido es que la ley de Asociaciones, que dicen se dictó a beneficio de las organizaciones de nuestra Sindical, tiene un carácter tan imparcial, que toda entidad obrera puede acogerse a ella, como lo ha hecho en Vizcaya Solidaridad de Obreros Vascos, cuyo espíritu y prácticas son completamente patronales.

Pero hemos llegado al momento del complot anarco-sindicalista. Y como ya se sabe que el partido radical tiene una gran simpatía por la C. N. T., a nadie habrá de extrañar que ésta corresponda con todo el afecto y que, como consecuencia, al mismo tiempo que se daban las instrucciones al personal para hacer una sonada, se comunicaran esas mismas noticias, por el conducto que fuere, al Gobierno, para que pudiera poner en práctica sus promesas de que atendería sus peticiones, de que gobernaría para su beneficio —ya que antes sólo se había gobernado para el de la Unión General de Trabajadores— y en la seguridad, además, de que llevaría su simpatía hacia las organizaciones sindicalistas hasta el grado de no oponerse a la huelga y de no volver a hacer algo pa-

recido a aquello de Casas Viejas que tanto han blandido los radicales, las derechas tolas y los sindicalistas en contra del anterior Gobierno.

Pero cuando los radicales desde la oposición —¡vaya oposición!— hacían carantoñas a los sindicalistas con la esperanza de que una vez salidos del Gobierno los socialistas habrían de medirse las organizaciones de la Unión General de Trabajadores pensaban, sin duda, lo mismo que el personaje de Zorrilla: «Hoy no es mañana, Lucía». Y cuando el mañana de entonces se ha convertido en el hoy de estos momentos, el Gobierno radical se da cuenta de que no puede hacer la vista gorda, como había, casi, prometido, y procede a la represión del movimiento sindicalista de una forma que todavía no podemos apreciar porque no ha terminado cuando esto escribimos, pero que creemos habrá de dejar en mantillas a todo aquello que se contó de Casas Viejas.

Los elementos sindicalistas, por su parte, pueden haberse dado cuenta, si es que tienen sentido de la realidad, de que nada han de conseguir con esos movimientos esporádicos en los que vienen consumiendo una cantidad de fuerzas incalculable y en los que se ahogan las esperanzas de unos, los entusiasmos de otros y las energías de todos. Una vez más tenemos que repetir que esos movimientos caóticos no pueden dar resultado alguno. Un movimiento obrero, para triunfar, tiene que ser arrollador por su extensión y por su fuerza. De nada vale que en un par de capitales y en media docena de pueblos se levanten hasta las piedras si queda todo el resto de la nación inmóvil y el Gobierno puede echar mano de las fuerzas de la casi totalidad del país para dominar a los protestantes. De nada vale que se sacrificuen vidas y esfuerzos si no hay coordinación y dirección adecuadas. No es por medio de convulsiones aisladas, desorganizadas, como hemos de dominar a la clase capitalista y a su representación directa, el Estado, sino por un levantamiento unánime de la clase trabajadora. Y eso no puede hacerse más que encomendado a la gestión a quienes tienen poder para mover al proletariado español en mayor proporción: el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Esperemos...

Una opinión

Culpables indirectos

Nuevamente se han producido en el territorio nacional convulsiones de marcada tendencia extremista.

Es lamentable el observar cómo la clase trabajadora que milita en los Sindicatos extremistas sigue aletargada en la inconsciencia y pérdida estérilmente sus energías en movimientos fuera de lugar y sin ningún resultado práctico. No quiero decir con esto que los enrolados en la Unión General de Trabajadores veamos con antipatía esos movimientos obreros, pero sí condenamos la falta de oportunidad y la táctica suicida en el empleo de sus procedimientos, que dan margen a que el propio pueblo trabajador haga patente su repulsa. Nunca tendrán probabilidades de éxito aquellos movimientos revolucionarios hechos de manera alocada y sin el sentido de la responsabilidad que se contrae al organizarlos. ¿Teoría conservadora?, dirán algunos. Todo lo contrario. Meditación profunda del pro y el contra de los mismos. No puede ser factible el triunfo sin poseer un elemento directriz de solvencia que encauce y guíe a las masas proletarias por los derroteros más asequibles a la victoria. Y de ahí proviene la suerte que corren todos sus movimientos. Es necesario introducir en las mentes de los campesinos ideas no de germinación de unas teorías completamente utópicas sino versadas en el sentido práctico de la realidad del momento en que se vive. Entonces no permanecerían sumidos en el engaño ni serían factor propicio a los manejos de quienes están interesados en que no se desenvuelvan con la libertad de conciencia precisa.

¿No quiere reconocer el sindicalismo y anarquismo que un avance firme en el desenvolvimiento de la revolución que todos propugnamos era el haber apoyado y concedido su sufragio a las candidaturas socialistas en las pasadas elecciones legislativas? ¿No les sonrojaba el ver cómo con su ridícula abstención han facilitado el triunfo de los elementos retrógrados y reaccionarios que ahora desde las alturas del Poder se disponen a hacer carne de la masa proletaria? Medítelo con detenimiento y reconocerá lo erróneo de su conducta.

¿Quiénes son los culpables de esta última intentona anarco-sindicalista? Bien claramente lo indica el manifiesto de nuestro Partido. No es responsable directo la masa trabajadora que ha intervenido en ese conato de rebeldía, sino los elementos dirigentes del derechismo que envalentonados con su victoria (?) anuncian una serie de medidas a desarrollar con evidente perjuicio para la clase trabajadora y para la ley fundamental del Estado. Pero con otra agravante. Que por el Gobierno en sus relaciones con el cavernicolismo español se obra con pasividad y emplea con ellos el procedimiento de la vasequina. Pero no nos extraña que proceda de esa forma. Son consecuencias lógicas del compadrazgo electoral radical-derechista. Las leyes sociales no se ponen en vigor como es debido; se incumple la Reforma agraria, etc.; es decir, con su vulneración se condena al hambre a los trabajadores y se les incita a adoptar resoluciones de carácter violento ante los atropellos y vejaciones de que son objeto.

No podemos silenciar que los momentos por que atraviesa el país son de notoria gravedad. La República se encuentra en un berengenal de difícil salida. La constitución actual del Parlamento hace temer que a pesar de la oposición de los representantes genuinos del izquierdismo del régimen, se quiera convertirlo en «merienda de negros» donde sacie sus apetitos el retrogradismo español y donde se asiente la escoria del régimen anterior. En este sentido ya se ha dado el primer paso. Un cacique monárquico, aunque disfrazado de republicano de nuevo cuño, insaciable cual Heliogábalo, mendicante de votos, ha sido designado para ocupar, provisionalmente, el sitial de la presidencia de la Cámara. No puede recibir mayor bofetón la institución parlamentaria y el pueblo español que se afané por establecer un régimen de libertad exento de toda mícula. Con ese nombramiento se ha deshonrado al régimen y ha hundido más en la ciénaga de sus culpas a un partido que de republicano no tiene más que el nombre: el del eufórico Lerroux.

Los agrarios-populistas-radicales tratan de inyectar al régimen el ponzoñoso virus de la regresión para que vuelvan a prevalecer todos los arcaicos privilegios del capitalismo, menguados, en parte, desde el 14 de abril de 1931. Se intenta establecer un sedante en materia religiosa para que la religión vuelva a tener el predominio de las conciencias y crear un súper-Estado sobre el Estado mismo. El sometimiento de éste al de Roma, al de la Iglesia.

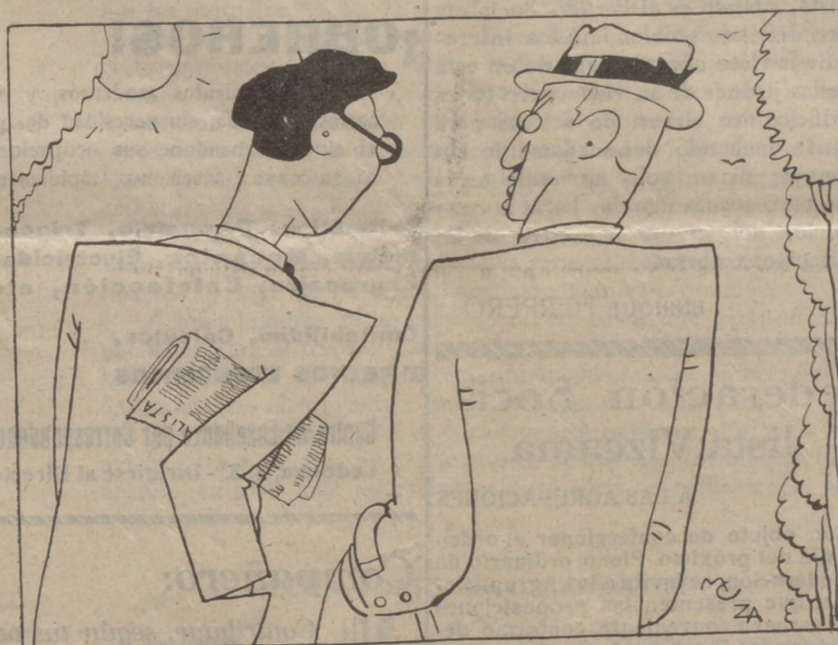
¿Qué actitud a adoptar es la de nosotros, los socialistas? Ha de ser aquella que las circunstancias nos aconsejen. Sin estridencias ni bravatas, pero sí con la certeza de caminar sobre seguro. No toleraremos que la República desvíe su orientación hacia una zona derechista, y menos que se quiera desvirtuar o falsear las leyes de carácter social que beneficiaban a los trabajadores. Solamente el intentar encerrarla un problema de suma importancia. Los organismos obreros, la Unión General de Trabajadores, permanecen vigilantes y atentos al desarrollo de los acontecimientos. Y, llegado el caso, detendrá con la energía y el tesón con que siempre lo ha hecho los intereses del proletariado.

Es deber nuestro intensificar la labor proselitista y atraer a nuestras organizaciones sindicales y políticas a los trabajadores indiferentes o imbuidos por teorías o tácticas equivocadas.

¡Manos a la obra, compañeros!

DAVID TUDEA

FISCALIZACIONES



EL TURISTA.—Y, ¿qué tal les va a ustedes, los de la Prensa, con este Gobierno? EL PERIODISTA.—¡Hombre...! Nosotros no podemos decir nada.

El Gobierno que pretenda pisotear las conquistas logradas —nosotros lo decimos bajo nuestra responsabilidad— no podrá vivir, porque no lo consentirá el

Grupo parlamentario socialista.—PRIETO.

Nosotros queremos ir a conquistar la opinión pública española para gobernar en socialista, para gobernar auténticamente en socialista. Nada de pactos; nada de colaboraciones; para gobernar nosotros en nuestro programa y en socialista.—JIMENEZ ASUA.

